

Lógica, epistemología, filosofía de la ciencia y filosofía analítica

Celina A. Lértora Mendoza
CONICET / FEPAL, Buenos Aires

Hacia la mitad del siglo pasado, la especialización filosófica en América Latina creció notablemente. El estudio de ciertos problemas especiales requiere conocimientos detallados y complejos, especialmente de ciencias particulares. Por eso, tanto en esta región como en otras, el cultivo de determinadas disciplinas filosóficas, como la lógica y la epistemología, está muy ligado a la formación científica de muchos de sus cultores. Hay también una tradición filosófica local (tanto la de orientación escolástica como la positivista) donde se apoya el desarrollo de la lógica y la filosofía de la ciencia. Más allá de varias coincidencias y paralelos, el desenvolvimiento de estas disciplinas sigue cauces propios, pero –como se observará– con notables intercambios de ideas y de investigadores, de tal modo que puede hablarse de redes, más que de grupos o escuelas (que también hay). En estas disciplinas han sobresalido México, Brasil y Argentina, países a los que se dedican secciones propias. Pero también se recoge, en lo posible, la producción más significativa en otros lugares, que en buena parte ha sido a su vez publicada y difundida en los principales centros académicos latinoamericanos. Este panorama se limita, por razones obvias, al siglo XX y tampoco pretende ser un elenco exhaustivo de los cultores significativos de estas disciplinas, sino dar una visión orientativa. Sirva esta advertencia como debida disculpa por las omisiones.

Lógica

En México la lógica tuvo siempre mucho interés, desde los tiempos coloniales; y eso explica que incluso en épocas de decadencia filosófica, como fue el siglo XIX, mantuviera este interés, en forma de “discurso lógico-epistémico” (Alberto Núñez, “Introducción” en Rovira Gaspar, 1997), señalando una característica que ha sido estudiada más en detalle en relación varios autores (W. Beller en VVAA, 1990: 53). Es en este sentido la cultivaron autores vinculados al positivismo, como Luis E. Ruiz, con su libro *Nociones de Lógica* (México, 1882 y 1890) y otros trabajos en que trata la inducción, la probabilidad y la “eliminación del azar”. Desde el punto de vista metodológico divide a las ciencias en abstractas y concretas, considerando que los recursos lógicos en uso son diferentes para ambas (Alberto Núñez, en Rovira Gaspar, 1997; 700). Un temprano historiador de la filosofía mexicana, Emeterio Valverde Téllez (1896) se ha referido a esta etapa, destacando sus valores, desde el punto de vista escolástico (Ibargüengoitía, 2000:179).

A comienzos del siglo XX el cultivo de la lógica se relaciona con su utilidad para la adquisición de conocimientos prácticos. Manuel Brioso y Cadiani, en su larga vida (1859-1945) transitó por las varias etapas del desarrollo de la disciplina. Dentro de su abundante producción se destaca un manual para estudiantes, muy valorado, *Nociones intuitivas de lógica* (México, 1904). En éste y otros trabajos recupera el concepto de dialéctica como arte de la discusión, considerándola de utilidad para el conocimiento. También elaboró “reglas para la inducción en la vida práctica”, tomando ideas de mexicanos anteriores (A. Núñez, en Rovira Gaspar, 1997: 706-714).

El cultivo académico y sistemático de la filosofía y sus disciplinas se considera iniciado cuando Antonio Caso comenzó a enseñar filosofía en la Universidad de México (1911; la Universidad se reabrió a fines de 1910) y gracias a su labor la filosofía mexicana ha entrado en su “normalidad”

(Ramos, 1993: 180), ya que habiéndose suprimido la Universidad, la educación superior se enfocaba pragmáticamente a formar profesionales liberales (Ibargüengoitía, 1995: 171).

José Vasconcelos, dentro de su nutrida y variada producción que, como es sabido, evolucionó tanto en lo teórico como en sus convicciones religiosas (Ibargüengoitía, 2000: 191), elaboró en la década del '30 su sistema filosófico, editando sucesivamente los diversos tratados del corpus. La última parte publicada, *Lógica orgánica* (México, 1940) muestra su acercamiento al tomismo. Francisco Larroyo, uno de los filósofos mexicanos más fecundos, dedicado también a la filosofía de la ciencia, se ocupó de la lógica en sus cursos universitarios, para los cuales escribió el manual *Lecciones de Lógica y Ética*.

Avanzando el siglo encontramos a Fernando Sodi Pallares, abogado de profesión, pero orientado al cultivo de la filosofía a través de la cátedra, a la que se dedicó muchos años (murió en 1980), para la que escribió *Apuntes de lógica y Ejercicios de lógica*, ambos frecuentemente usados por lustros. Contemporáneo suyo fue Alberto de Ezcurdía, también abogado y luego fraile dominico, profesor de la UNAM desde 1957, donde enseñó diversas disciplinas, entre ellas lógica; escribió *Lecciones de teoría de la lógica* (Morelia, 1970) vinculando esta disciplina al problema del conocimiento y advirtiendo que el excesivo énfasis en la estructura puede producir un reduccionismo en detrimento de la lógica aplicada.

Luis Villoro Toranzo, profesor en Guadalajara desde 1952 y luego investigador en el Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM, se ocupó incidentalmente de lógica en su libro *Lógica y la metafísica* (México, 1961). También José Rubén Sanabria, de vasta e importante producción, impartió durante muchos años, en la Universidad Iberoamericana, las cátedras de Introducción a la Filosofía, Lógica y Ética, y para dicha función docente escribió *Lógica y Ejercicios de Lógica* (México, 1985, éste en colaboración).

La lógica jurídica está representada por Eduardo García Máynez, con formación jurídica y filosófica, dedicado a profundizar diversos problemas del derecho, entre ellos los lógicos. Al respecto escribió *Introducción a la lógica jurídica* (México, 1951), *Lógica del concepto jurídico* (México, 1959) y *Lógica del raciocinio jurídico* (México, 1964).

Mauricio Beuchot se ha ocupado de la lógica y el lenguaje desde una perspectiva histórica y también desde la hermenéutica analógica, que considera una alternativa válida –para encarar estos temas- a la filosofía analítica durante mucho tiempo predominante en la Facultad de Filosofía de UNAM. Debe mencionarse *La filosofía del lenguaje en la Edad Media* (México, 1981), *Metafísica, lógica y lenguaje* (México, 1994).

En Brasil los estudios sistemáticos de lógica comenzaron con los trabajos de lógica matemática, como los de Amoroso Costa, que escribió *As ideais fundamentais da matematica* (Rio, 1929) donde hace un balance de las principales nociones matemáticas y su relación con las teorías de la deducción. En la misma dirección Vicente Ferreira da Silva publicó *Elementos de Lógica Matemática* (San Pablo, 1940), dando a conocer los *Principia* de Russel-Whitehead. En esta época (1942) Willard van Orman Quine visitó Brasil (donde publicó *O sentido da Nova Lógica*) y Ferreira, que fue su interlocutor local, difundió su pensamiento, que interesó a un grupo pequeño pero entusiasta.

En otra línea de interés Leonardo von Acker publicó *Introducción a la Filosofía = Lógica* (San Pablo, 1932), donde analiza en detalle la lógica tradicional aristotélica. En 1949 se difundió la traducción de la *Lógica Menor* de Jacques Maritain, fortaleciendo con su autoridad esta dirección. En cierto sentido también en una línea tradicional se ubica Miguel Reale, quien se interesó por la

lógica jurídica, que enseñó en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Pablo, algunos de cuyos temas más importantes incluyó en su *Filosofia do Direito* (San Pablo 1953), obra de repercusión y aceptación a través de sus varias ediciones.

Euryalo Cannabrava, en el marco de sus trabajos epistemológicos y de filosofía de la ciencia, presenta algunas nociones de lógica moderna: implicación material, modelo, cálculo, estructura lógica. Es posible, dada su importante actividad docente, que esta tarea haya tenido considerable difusión académica. En estas décadas de los '50 y '60 enseñaron lógica moderna y escribieron sobre algunos de sus problemas: Mario Teixeira que publicó *Algumas proposições equivalentes ao axioma da escolha* (San Pablo, 1955) y *Teoría dos conjuntos* (San Pablo, 1961); y Jorge Barbosa, en Niteroi, que organizó un pequeño grupo de investigación.

La figura más importante en la década del '70 es Newton Costa, que enseñó en Campinas y luego en San Pablo (donde también perfeccionó sus iniciales estudios en la Universidad de Paraná). Su tesis *Sistemas formais inconsistentes* fue publicado por la Editorial Globo en 1962; su trabajo se fue dando a conocer en artículos de revistas especializadas y sus temas son: las teorías de las categorías, la teoría de conjuntos y los fundamentos de las matemáticas. A finales de los '70 se ocupó de la aplicación de la teoría de los sistemas formales inconsistentes a la fundamentación de la teoría de los objetos de Meinong; también trabajó en la elaboración de lógicas dialécticas. Entre sus compañeros y discípulos se cuentan Ayda Arruda, que le sucedió en Campinas en 1960, publicando su tesis (presentada en la Universidad de Paraná) *Considerações sobre os sistemas formais NF(n)* (1964). Sus trabajos en revistas especializadas versan sobre los sistemas formales elaborador por Newton Costa, y también sobre la lógica imaginaria de Vasiliév.

Otros discípulos de Costa fueron Jacob Zimberg Sobrinho, Antonio Mário Sette, Luis Paulo de Alcântara y Lafayette de Moraes. Este último se destacó especialmente por su tarea de divulgación de la matemática y la física, desde UNICAMP, su lugar de trabajo. Debe señalarse que su tesis de doctorado (en la PUC de San Pablo, 1973), *Lógica discursiva e modelos de Kripke*, fue uno de los primeros trabajos brasileños en discutir a fondo la cuestión de la lógica modal.

Otro grupo de estudio e investigación es el constituido alrededor de Mário Teixeira Tourasse, formado con Farah y durante años director del Departamento de Matemática de la Universidad de Rio Claro; si bien su obra escrita es escasa (su tesis de doctorado, en 1964, versa sobre *M-Algebras*), sus estudios en Bahía Blanca (Argentina) lo encaminaron a examinar problemas complejos vinculados con la noción de negación. Pero sobre todo su influencia se ejerció a través de investigadores formados por él, entre los que se cuenta Irineu Picudo y Eurides de Oliveira, ambos de considerable trayectoria y resonancia en los años '70. Los trabajos de ambos son, en cierto modo, reflejo de la personalidad del maestro, con ideas novedosas pero expresadas con suma cautela (Hegenberg, en Crippa, 1978: 153).

Aún se deben señalar los nombres de Leonidas Hegenberg, Jorge E. Barbosa (formador de un grupo en Niteroi), y los centros de lógica de Río de Janeiro: Universidad Católica, Universidad Federal y Universidad Gama Filho, que trabajaron sobre todo filosofía de la lógica, teoría de conjuntos y filosofía de la matemática respectivamente. En los primeros años de la década del '70 se iniciaron investigaciones de lógica en la Belo Horizonte, gracias a la obra pionera de Helvécio Botelo Pereira, y en la Universidad Federal de Goiás, con Simón Carneiro de Mendonça. Por las mismas épocas comenzó a trabajar en UNICAMP Ubiratan d'Ambrosio, dedicado a la lógica y la fundamentación de la matemática, pero ocupándose también de la enseñanza de la matemática y de la historia de la matemática americana precolombina, también denominada "etnomatemática".

La lógica jurídica, así como su aplicación a la informática jurídica, fue cultivada por Dinio de Santis Grecia, Miguel Reale y Franco Montoso en San Pablo. Finalmente, la lógica aristotélica tradicional siguió siendo cultivada y enseñada por un grupo de estudiosos, sobre todo en las Universidades Católicas de Salvador, Belén y Santa María.

En Argentina la lógica no tuvo un desarrollo especialmente significativo hasta bien entrado el siglo XX. El interés por la lógica provino, en su primera mitad, de científicos como Camilo Meyer y Leopoldo Maupas, simpatizantes del positivismo, que llamaron la atención sobre nuevas orientaciones de la lógica, en una época en que su enseñanza conjugaba en forma ecléctica, elementos de la lógica formal tradicional con contenidos inductivistas según la versión de Stuart Mill. La lógica de orientación fenomenológica no tuvo mayor trascendencia, salvo el tratamiento que dieron al tema, hacia 1938, Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli, inspirándose en Hartmann, Bolzano y Husserl.

En cambio la lógica escolástica tuvo siempre cultores dentro de los estudios vinculados al tomismo (Caturelli, 2001: 838 ss). Héctor Llambías y Juan Alfredo Casaubón, de formación jurídica, estudiosos del tomismo ortodoxo y profesores de la Universidad Católica Argentina, escribieron artículos en su revista *Sapientia*, defendiendo el valor teórico de la lógica escolástica y profundizando sobre el objeto de la lógica, tema al que también se dedicó Augusto Furlán (profesor en Córdoba).

Los trabajos y estudios sobre lógica moderna tuvieron un primer antecedente en Lidia Peradotto, profesora de la Universidad de Buenos Aires, cuya tesis doctoral se tituló *La Logística* (1925). A su muerte (1952) había ya una considerable comunidad de lógicos, sobre todo en la Universidad de Buenos Aires. En la década de 1940 comenzó sus publicaciones Gregorio Klimovsly, que se orientó al formalismo (interesándose además por problemas de semántica y metodología de la ciencia); Andrés Raggio analizó las posibilidades y límites de la mecanización de la lógica, cuando el tema era muy poco conocido en Argentina. También cultivaron la lógica Jorge Bosch, Roberto Rojo, Jorge Saltor.

Carlos Lungarzo Melcon se dedicó a los sistemas formales, lo mismo que Alberto Moreno, que en sus obras se ocupó también de aspectos históricos, y elementos de lógica no-matemática, procurando clarificar el uso impreciso de la terminología. Hermes A. Puyau, profesor de las Universidades de Buenos Aires y El Salvador, elaboró un manual muy utilizado (*Prolegómenos a la lógica simbólica*, 1968, en colaboración con R. L. de Brizzio y R. Podestá). Junto con Jorge Roetti escribieron *Elementos de lógica matemática* (Buenos Aires, 1976), uno de los primeros intentos de presentar la lógica elemental formalizada desde la doble perspectiva de los sistemas axiomáticos y de deducción natural. Julio César Colacilli de Muro, también de la Universidad de Buenos Aires elaboró la teoría de los espacios lógicos como un adecuado marco para la exposición de los temas fundamentales de la lógica; su trabajo sobre las potencias proposiciones desarrolla un procedimiento reductivo de pasos y números de signos necesarios para representar una función de verdad con pocas o una sola conectiva extensional. También, en colaboración con María Eugenia Colacilli de Muro, escribió un manual haciendo aplicación pedagógica de estas ideas, *Elementos de lógica moderna y filosofía* (Buenos Aires, 1969).

En la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, Armando Asti Vera (que se ocupó sobre todo de filosofía de la ciencia), se interesó por algunos aspectos de la historia de la lógica contemporánea, y escribió *George Boole, precursor de la lógica simbólica* (Bs. As., 1968). De las lógicas no occidentales se ocuparon Vicente Fatone, especialista en pensamiento indostánico, que trató algunos aspectos de la lógica hindú; también se interesó, años después, Alberto Moreno, dando a conocer varias obras al respecto. Otra figura es Ignacio Angelelli (argentino naturalizado, profesor

de la Universidad de Buenos Aires y luego radicado en Estados Unidos) especialista en historia de la lógica y en Frege.

La lógica jurídica, con orientación analítica, está representada por Carlos Alchourrón, Eugenio Bulygin y Roberto Vernengo.

*

Metodología y filosofía de la ciencia

En México, la filosofía de la ciencia se introduce de mano del neokantismo predominante en los primeros tiempos de la organización de los estudios filosóficos en UNAM. Siguiendo las huellas de Caso, Francisco Larroyo, cuya posición neokantiana se expresa en las diferentes facetas de su producción, escribió numerosas obras didácticas, y sobre este tema *La lógica de la ciencia*, que tuvo tres ediciones y *Bases para una teoría dinámica de las ciencias* (México, 1941). Escribió también una exposición sobre *El positivismo lógico*. Según su punto de vista, hay que abandonar el “mundo de la metafísica”; tampoco la filosofía pretende crear ciencia, ni moralidad ni arte, sino que debe limitarse a explicarlos, de ahí que lo importante para su cultivo sea ante todo la formación cultural (Ramos, 1993: 176).

Oswaldo Robles, perteneciente a la llamada “Generación de Macarones” (alusión al edificio de la Facultad de Filosofía, donde enseñaba Caso), se dedicó especialmente a la investigación psicológica, planteándose también sus aspectos epistemológicos. En esta línea de explicar y legitimar las teorías de Freud y de Jaspers, elabora *Introducción a la filosofía científica* (México, 1948).

Mario Otero, aunque estudió en Montevideo (adonde regresó en la década de los '80), realizó la mayor parte de su carrera en su país natal, donde tuvo diversos cargos en la UNAM, dedicándose a la epistemología. José Robles se licenció en la UNAM, realizando luego estudios de postgrado en Stanford; centra su interés en la filosofía de la matemática, pero también se ha ocupado de otros problemas, como los universales y las teorías al respecto.

Un órgano importante de difusión de investigaciones sobre filosofía de la ciencia es la revista *Mathesis*, del Grupo de Filosofía e Historia, del Departamento de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de la UNAM, aparecida en 1985; si bien pone en acento en la historia y la filosofía de la matemática, de hecho acepta trabajos de temáticas más amplias. Además, sobre todo en los primeros años, publicó traducciones y trabajos de autores norteamericanos y europeos, por ejemplo Philipp Frank, Irving Anellis, Nicolás Lobachevski, Henri Poincaré, Hilary Putnam, Hermann Weyl, Joseph Needham, David Bohn; la mayoría de ellos sobre filosofía de la ciencia en general, sobre filosofía de la física y de la matemática.

En las décadas de '80 y '90 ha publicado trabajos sobre epistemología y filosofía de la ciencia, del lenguaje y de la lógica. Escribieron, entre otros, Antonio Antolín, Alejandro Garciadiego, Carlos Graef, Gustavo J. Valencia y Francisco Rodríguez Consuegra, sobre historia y filosofía de la matemática; Santiago Ramírez y Alejandro Tomasini Bassols, sobre filosofía y metodología de la física.

En Brasil la filosofía de la ciencia fue inicialmente una disciplina cultivada por los profesores de lógica tradicional o aristotélica, sobre la base de las obras de Maritain y de Liard. El interés por la epistemología y afines se consolida en la década del '50. Se destaca Euryalo Canabrava, que introduce autores hasta entonces casi desconocidos en el país: Russell, Tarski, Nagel y Goodman,

publicando *Introdução a Filosofia Científica* (Rio, 1956) y *Ensaio Filosóficos* (Rio, 1957). Además, por la misma época, deben señalarse varias publicaciones que, sin ser especializadas, dieron cabida a esta temática: *Kriterion* (Minas Gerais), *Veritas* (PUC, Porto Alegre), *Convivium* (creada en 1962 por la sociedad homónima, en San Pablo), *ITA-Humanidades*, del Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico de Aeronáutica, 1965). Varios congresos y simposios que buscaban actualizar la filosofía en Brasil dieron también cabida a trabajos de epistemología y filosofía de la ciencia. Pero fue en San Pablo donde, a partir de c. 1960, la filosofía de la ciencia tuvo mayor desarrollo y resonancia. Fueron iniciadores de este movimiento Gilles Gaston Granger (*Lógica e filosofia da ciência*, São Paulo, 1955), Hugh Lacey, Gerard Lebrun y Arthur Giannotti; también en esta época se realizaron traducciones de Wittgenstein (estudiado y enseñado sobre todo por Costa Félix), Goldman, Frege, Boole y otros pensadores europeos, en algunos casos sólo en copias mimeografiadas para uso interno.

Otros nombres paulistas de relevancia son: Antonio Brito da Cunha, Abraham de Moraes, Milton Vargas, Shozo Motoyama, Alipio Corrêa Netto, Laerte Ramos de Carvalho, todos ellos vinculados a la USP. En la Universidad Católica paulista, los cursos de postgrado comenzaron en 1958 y desde sus comienzos tuvieron una marcada orientación a la filosofía de la ciencia (recordemos que allí se doctoraron Lafayette de Moraes, Elias Alves e Irineu Picudo); posteriormente formaron parte de este grupo Abigail Mahoneu, Franco Montoso y otros.

Otro centro importante es UNICAMP (Campinas), una institución especialmente favorable a los estudios de filosofía de la ciencia, pues partió de la existencia de un grupo de lógicos, otro dedicado a los estudios sobre lenguaje y el Departamento de Matemática. Sobre esta base se creó el Centro de Lógica, Epistemología e Historia de la Ciencia (CLE) que publica *Cadernos de Filosofia da Ciência*, y *Manuscrito*, que tienen también cierta orientación al análisis filosófico. Debe señalarse la importancia de las traducciones de textos clásicos que lleva adelante el CLE y que se publican como números especiales de *Cadernos*.

Entre las figuras que se destacaron en su primera etapa debe mencionarse a Baltasar Barbosa Filho, que estudió filosofía y derecho, doctorándose en la Universidad Católica de Lovaina con una tesis sobre la noción de significación en Wittgenstein (1975); a su regreso se radicó en Campinas donde participó asiduamente en el CLE.

En Río de Janeiro la actividad en esta temática se intensificó en la década del '70, en sus tres universidades, con cursos de postgrado y doctorados que se orientaron hacia ramas especiales de la filosofía de la ciencia: filosofía del lenguaje, filosofía de la lógica, teorías de los sistemas formales, lógica jurídica y filosofía de la biología. Sobresalieron Georges Gusdorf, Milton Ferreira Japiassu, Eduardo Prado de Mendonça, Antônio Paim, Monica Rector da Silva, Celia D'Aquino Fonseca.

Otros centros significativos se formaron en Río Claro, con Antonio Christofolletto; en Rio Preto con Alexandre Caballero; en la Universidad de Paraíba, con Cléber Macedo; en Bahía, con Antonio Machado Neto, Remy de Souza y Romano Galeffi; en Rio Grande do Sul (Porto Alegre, Santa María, San Leopoldo y otras ciudades del Estado) con Rejane Machado Carrion, Laónidas Didonet, Alberto Valentín y muchos más. También hay estudios de filosofía de la ciencia en Minas Gerais, Paraná, Brasilia, Pernambuco.

En la década de los '80 escribieron en *Cadernos*, entre otros: Wilson Pessoa Mendonça, Paulo Veloso, Zeljko Loparic, Maurice Clavelin sobre metodología; Luiz Carlos Pereira, Norman Gulley, sobre filosofía de la lógica; Harper R. Brown, Roberto de A. Martins sobre filosofía de la física; Osmyr Faria Gabbi Jr, Hugh Lacey, Joel Birman, Luis M. Ferreira Maia, Walter de A. Cnnha, sobre filosofía de la psicología y el psicoanálisis. En la década de los '90 escribieron, entre otros, Luiz

Henrique de A. Dutra y Silvio Seno Chibeni, Luiz Carlos Ryff Olival Freire Jr., sobre realismo científico; Pablo Mariconda, Marcos Nobre, Décio Krause, sobre filosofía de la física; Marisa Franco, sobre filosofía de la biología; Miguel Spinelli, Roberto Lima de Souza, filosofía de la matemática; Caetano Plastino, Otávio Bueno, Newton da Costa, Oswaldo Porcha Pereira, Paulo Roberto Margutti, sobre teoría de la verdad.

Además hay numerosos trabajos históricos sobre ciencia, pero desde un enfoque epistemológico formalista y a veces analítico, especialmente sobre Galileo, Descartes, Newton, Hahnemann, Freud. En algunos casos, como Newton o el psicoanálisis, se han dedicado números especiales. Las polémicas epistemológicas tienen también un espacio: Wittgenstein, Carnap, Popper, Ramsey Quine, Kuhn, Chomsky, son algunos de los autores abordados.

En Argentina la filosofía de la ciencia se cultivó en relación con la cosmología (también vinculada con la llamada filosofía natural, sobre todo en los representantes de la filosofía neoescolástica). Entre los primeros interesados en el tema debemos ubicar al científico Ramón Godofredo Loyarte (m. 1944), quien además de sus trabajos específicos de investigación física, se ocupa de analizar el objeto y el método de esta ciencia, en especial conceptos como “propiedades”, “ley física”, etc. En el mismo sentido, otro científico, Enrique Butty difusor en nuestro medio de las teorías de Einstein, analizó los fundamentos epistemológicos de las nuevas teorías en *Introducción filosófica a las teorías de la relatividad* (Buenos Aires, 1924). También del ámbito científico proviene Mario Bunge, el epistemólogo argentino más conocido, especialmente por su temprana obra *Causality: the place of the causal principle in the modern science* (Cambridge, Mass., 1959). En Argentina su obra de más resonancia es *La ciencia, su método y su filosofía* (Buenos Aires, 1966). Bunge, a lo largo de su trayectoria y sus numerosas publicaciones, ha tocado casi todos los temas de la metodología y la filosofía de la ciencia: el proceso de la investigación científica (problemas, hipótesis, leyes y teorías), la aplicación científica, la contrastación (observación, medición, experimento), la inferencia científica. Habiendo iniciado su carrera desde una perspectiva neopositivista en su versión más bien formalista, incorporó luego algunos aspectos del hipotético deductivismo, hasta llegar a una postura más personal.

Dentro del grupo de profesores de la Universidad de Buenos Aires, Armando Asti Vera buscó una fundamentación no formalista de la metodología científica. Considera que la filosofía de la ciencia es una rama de la filosofía, y no debe confundirse con la epistemología, que es una disciplina científica. Advierte que los metalenguajes (a los que a veces llama, un tanto imprecisamente, “metaciencias”) suelen ser sustitución de las instancias metafísicas, llamando la atención sobre las relaciones (a veces ríspidas) entre el lenguaje científico y el metafísico, cuando se los considera a ambos como lenguajes de primer nivel, es decir, con pretensiones de describir la realidad. Su obra más significativa es *Fundamentos de la filosofía de la ciencia* (Bs. As., 1967).

Hacia 1950 Olsen Ghirardi, profesor de la Universidad de Córdoba presenta una especulación que intenta aunar los principios de la escolástica como las teorías de físicos como De Broglie, interesándose por desentrañar la naturaleza de los corpúsculos, que son –para él– entes de razón. Expuso sus ideas especialmente en dos obras: *La individualidad del corpúsculo* (Córdoba, 1950) y *Una teoría matemática de la evolución* (Córdoba, 1968).

Juan Enrique Bolzán, químico y filósofo, investigador del Conicet, trabajó entre 1960 y 2000, con el propósito de contribuir a la reflexión filosófica en torno a los resultados de la investigación científica sobre la materia, el tiempo y la estructura del universo. Su obra más significativa al respecto es *Continuidad de la materia. Ensayo de interpretación cósmica* (Buenos Aires, 1973) donde se propone una reflexión filosófica sobre los resultados de la investigación científica acerca

de la estructura de la materia, desde la idea central de la continuidad de la estructura material, dando una interpretación novedosa del hilemorfismo aristotélico.

Otros países han tenido también cultores de relevancia. Carlos Ulises Moulines, oriundo de Venezuela, se doctoró en Munich, iniciando luego un carrera internacional, a partir de su publicación *La estructura del mundo sensible* (Barcelona, 1973); se ha dedicado al análisis de la evolución de las teorías, y a la ontosemántica de las teorías físicas, destacándose, como obra de conjunto, *Exploraciones en filosofía de la ciencia* (Madrid, 1981).

Roberto Torretti, oriundo de Chile, donde estudió en la Universidad de Santiago, se doctoró en Friburgo de Bresgau, enseñando luego en Puerto Rico y en Chile. Comenzó su carrera como kantiano (publicó *Manuel Kant* en 1967) pero luego se interesó por la filosofía de la ciencia, la lógica y la matemática (publicó *Filosofía de la naturaleza* en 1971 y *Philosophy of Geometry from Riemann to Poincaré* en 1978).

*

Filosofía analítica

Si bien los comienzos de la filosofía analítica a nivel mundial se remontan a los primeros decenios del siglo XX, en Latinoamérica el interés por esta línea de pensamiento comienza a desarrollarse recién en la década del '50. A partir es entonces su presencia va creciendo hasta alcanzar un tope en las décadas '80-'90, para luego estabilizarse, quedando en varios centros en un plano más modesto de presencia filosófica. En este período, sin embargo, no hubo homogeneidad en cuando a orientaciones disciplinarias, tendencias teóricas y producción filosófica. Intentado dar un panorama ordenado, se podrían señalar las siguientes líneas de interés teórico, cuya cronología a veces se solapa. Una primera línea de interés, cronológicamente la más antigua, está dada por autores que cultivan la lógica y la epistemología (e incluso disciplinas científicas como matemática y física), en la medida en que se acercan a las nuevas lógicas, si bien este interés no implica, de por sí, ningún compromiso con la filosofía analítica en todos ellos. Es probable que el nexos esté dado por quienes, como W. O. Quine, fueron tempranamente conocidos y estudiados, pero también por la difusión de las investigaciones lógico-semánticas de Russell, las de Carnap y por cierto la difusión de los trabajos del Círculo de Viena. Ya en la década de los '50 la filosofía analítica comienza a enseñarse en las universidades. Continúa una época de consolidación y crecimiento, que llega –como ya se dijo- a su culminación en la década de los '80, que marca la mayor cantidad de trabajos publicados, de reuniones académicas, de asociaciones y grupos de investigación, de tal modo que en algunos centros importantes (como en UNAM y en UBA) la presencia analítica llegó a ser mayoritaria y en cierto tiempo casi exclusiva. En esta etapa se produce, por otra parte, la mayor diversificación en las orientaciones analíticas, aunque manteniendo el acento en lo que podría llamarse la “concepción heredada” del análisis filosófico: formas lógicas, significado y realidad; es también un momento en que se produce una cierta conexión –no siempre clara y no necesariamente fructífera- con las investigaciones epistemológicas. Sin embargo, la discusión entre analíticos puros y epistemológicos neopositivistas y formalistas puede sí, considerarse muy positiva. La tercera fase, que abarcaría las últimas décadas, reserva a la filosofía analítica un lugar, en algunos centros todavía importante, pero no ya preeminente; en los '90 las discusiones postmodernas parecen haber producido un cierto desinterés por las cuestiones técnicas del análisis y, en especial en Latinoamérica, el “giro pragmático” y el “giro hermenéutico” de nuestra filosofía, así como una orientación institucional hacia los problemas regionales y a la vez una ampliación de las temáticas de filosofía del lenguaje, determinaron que la filosofía analítica perdiera el lugar de preeminencia que había gozado cuando sus temáticas eran de prioritario y amplio interés filosófico.

Por otra parte, hay que señalar la dificultad de establecer límites claros y precisos del concepto “filosofía analítica” o “análisis filosófico” como también se denomina, ya que tanto en sus orígenes como en su desarrollo está muy vinculada a otras disciplinas como la lógica matemática o la epistemología, y también a corrientes de pensamiento, particularmente el positivismo lógico. De hecho los propios analíticos consideran historia suya, hasta los años ‘40, autores y trabajos que han sido incluidos en las secciones anteriores de este escrito, aunque reconociendo que obras que tratan principalmente de lógica o de matemática no implican necesariamente un interés correspondiente al análisis filosófico (Gracia, en Gracia et alii, 1985: 19), pero a la vez es verdad que fueron pensadores de estas orientaciones los que primero se interesaron en los temas analíticos. Esto puede tener una explicación histórica circunstancial. Como dice Gracia (ibid.: 20) el análisis en América Latina comenzó en Buenos Aires, pero sus efectos fueron limitados, porque las corrientes predominantes eran la fenomenología, el existencialismo y el tomismo. Fueron estas corrientes predominantes las que vincularon (críticamente) la corriente analítica con el positivismo lógico, confusión que aún hoy persiste. Es fácil ver que esta situación se repite en otros países de América. Miró Quesada (Perú), Torreti (Chile), Castañeda, Bunge, Angelelli (latinoamericanos afincados en Estados Unidos), figuras que los analíticos integran en su propia historia, son –estrictamente– lógicos y/o epistemólogos. Esto determina que muchos autores que no pueden considerarse (ni ellos se consideran a sí mismos) analíticos, engrosen sus filas históricas. Lo mismo habría que decir de los vínculos del análisis con la lingüística, muy presente en las inquietudes filosóficas de los años ‘60 y ‘70. Es así que trabajos lógicos, epistemológicos, lingüísticos, de historia de la ciencia, enfocados con alguna perspectiva analítica, son considerados analíticos. Esta situación es clara, por ejemplo, considerando los contenidos de la publicación *Cadernos de Filosofia da Ciência*, de Campinas, por esas épocas.

Los propios analíticos se han ocupado de señalar esta situación especial del análisis filosófico, y no sólo en América Latina. Eduardo Rabossi (en Gracia et alii, 1985: 30) reconoce que –a lo menos en Argentina, dice, pero es aplicable a otros países de la región– el empleo de la denominación “filosofía analítica” ha sido objeto de discrepancia, entre otras cosas, porque las corrientes predominantes en los años ‘60 (representadas por marxistas, tomistas, heideggerianos, hegelianos) consideraban falaz a esta denominación, opinando que en realidad encubría algo que era, en definitiva, “positivismo lógico”. Obviamente esto es un error, pues muchos analíticos no son positivistas lógicos (ni positivistas, a secas) pero tampoco puede negarse, como se está viendo, las estrechas conexiones, al menos iniciales, que en cierto modo explican y hasta justifican aquella histórica suspicacia. Pero además, los propios analíticos discrepan entre sí sobre el sentido y alcance de esta orientación teórica, más que disciplinar, ya que no parece haber una “materia disciplinar” propia del análisis, sino un enfoque analítico de cualquier cuestión filosófica, aunque algunos ámbitos disciplinares parecen más receptivos a los criterios analíticos, como la ética y la filosofía del derecho. Casi podría decirse que el núcleo fuerte del análisis (fuera de los temas tratados por el positivismo lógico) está en la filosofía de la práctica.

Hay varias posiciones sobre cuál es –o debería ser– el objeto del análisis filosófico. Para un grupo considerable, diríamos, los “fundadores”, la filosofía analítica se contiene *in nuce*, en los aportes de Russell, Moore y Wittgenstein, de modo que los temas de ellos son los que deben adoptar los analíticos. Mario Bunge, en cambio, considera que la filosofía analítica es la filosofía del lenguaje ordinario (lo que sería la “filosofía lingüística” también llamada “filosofía de Oxford”). Una posición más amplia y abarcativa, considera que la filosofía analítica debe incluir los temas y enfoques del momento fundacional de Russell, Moore, Wittgenstein y el Círculo de Viena, y además de pensadores de la postguerra, tanto los formalistas (Carnap, Quine, Nangel, Hempel, etc., con aportes tanto a la lógica como a la epistemología) y los no-formalistas (Ryle, Austin, etc.). Según Rabossi (ibid.: 31) que se decanta por esta última opción, las ventajas de la acepción amplia de “filosofía analítica” es que presenta un criterio de adscripción bastante útil, ya que permite

considerar analítico tanto a quien, en su producción filosófica, adopte una metodología analítica, como a quien trate cualquiera de los temas que en el conjunto antes mencionado se consideran propios del análisis. En todo caso, es claro que, fuera de los autores fronterizos o cuya adscripción a uno u otro campo es casi una decisión convencional, hay otros autores que sí pueden y deben considerarse propiamente analíticos, no sólo porque así se consideran ellos mismos, sino porque, considerando su producción, no pueden ser denominados lógicos ni epistemológicos adheridos a ninguna de las corrientes estandarizadas de estas disciplinas. Son los que se mencionan más especialmente en esta sección.

En México el análisis filosófico encuentra dos antecedentes significativos en sendos emigrados españoles: José Gaos y Eduardo García Máynez. Si bien no fueron analíticos, trabajaron con metodologías relacionadas, por ejemplo la “teoría de los tres círculos” de García Máynez para explicar (e intentar solucionar) los problemas sobre la vigencia del derecho. En el Centro de Estudios Filosóficos (fundado por él en 1940) transformado en 1952 en Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, se formaron algunos pensadores más directamente vinculados al análisis filosófico, como Adolfo García Díaz, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón y Luis Villoro (Villanueva, en Gracia et alii, 1985: 160). Alejandro Rossi fue a Oxford en 1960, donde se formó en diversos temas que luego, a su regreso, expuso en sus cursos de lógica, filosofía del lenguaje y epistemología, donde enseñó a Frege, Russell, Strawson, Austin y Ayer, entre otros. De este modo introdujo la filosofía anglosajona, interesando a estudiantes que luego hicieron postgrados en universidades de Europa y Estados Unidos, especializándose en estos temas, para lo cual, desde 1965 contaron con becas del Estado.

En 1967, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón y Luis Villoro fundaron *Crítica, Revista Hispanoamericana de Filosofía*, que tuvo inmediatamente gran predicamento y que desde sus comienzos dio un amplio espacio a los trabajos de orientación analítica. Con ella colaboró asiduamente el argentino Tomás Moro Simpson. El Instituto de Investigaciones Filosofía de UNAM ya publicaba su anuario *Dianoia*, donde también comenzaron a aparecer contribuciones de análisis filosófico. Los fundadores de *Crítica* querían una publicación de más apariciones anuales y de mayor unidad. Por eso la orientaron hacia los principales temas analíticos que interesaban en ese momento, es decir, temas de semántica y de lógica filosófica: nombres propios, predicación, descripciones, etc. Los modos de análisis preferidos fueron los de Austin y Strawson. (ibid.: 161). En síntesis, a comienzos de la década del ‘70 ya puede hablarse de una consolidación de la temática, en función del crecimiento de la epistemología, la filosofía de la ciencia y la filosofía práctica.

En 1975 *Crítica* se reorganizó, con la colaboración de SADAF (Sociedad Argentina de Análisis Filosófico) de modo que resultó así un órgano editorial de ambos grupos. Pero en México el lugar de mayor concentración de la temática siguió siendo el Instituto de la UNAM, que en 1978 creó un Seminario de Investigaciones para la discusión de trabajos filosóficos, en el cual los analíticos tuvieron desde el principio un papel relevante; también fue exitosa la organización de un círculo de discusiones para los becarios, que comenzó en 1979 y que luego adquirió categoría de seminario similar al de investigadores. Además, el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, siguiendo la línea de *Crítica*, inició en 1977 una serie de traducción de obras analíticas titulada “Cuadernos de Crítica”. En 1979 el Instituto se dividió en cinco áreas de trabajo, dos de las cuales abordan competencias habituales del análisis filosófico, filosofía de la lógica y del lenguaje y epistemología y filosofía de la ciencia. Cada área tuvo sus propios programas de intercambio, de trabajo y de publicaciones.

El análisis filosófico mexicano abarca, en el sentido inclusivista que reclamaba Rabossi, temas de lógica filosófica, de epistemología y filosofía de la ciencia, de filosofía de la mente y de filosofía

moral. Entre los autores de la etapa consolidada, es decir, de los años '80 en adelante, debemos mencionar aun grupo etario anterior, que continuaba activo, como Alejandro Rossi, Fernando Salmerón y Enrique Villanueva.

Ulises Moulines, Mario Ortero y José Robles, a quienes ya se hizo referencia, tienen también algunos trabajos de orientación analítica. Fernando Salmerón estudió derecho en Veracruz y filosofía en la UNAM, bajo la dirección de José Gaos, y luego de doctorarse continuó sus estudios en Friburgo; ocupó varios cargos en UNAM, siendo además co-fundador de *Crítica*. Se especializa en ética y en filosofía de la educación, así en algunos aspectos de la filosofía de la ciencia, disciplinas que aborda con enfoque analítico, como por ejemplo *La filosofía y las actitudes morales* (1978) y *Sobre el concepto de inderdisciplinabilidad. Las disciplinas y sus relaciones en la reciente filosofía de la ciencia* (1983).

En Brasil, de modo semejante a otros países latinoamericanos, el análisis hunde sus raíces en el cultivo de la lógica y la epistemología, disciplinas enseñadas desde la tradición escolástica y luego desde la concepción positivista, que tuvo gran arraigo, hasta el punto de que buena parte del pensamiento posterior se centró en criticarlo. Era entonces lógico esperar que el positivismo lógico fuera el sucesor natural del positivismo, pero no fue así, sino que el neopositivismo y el análisis emprendieron un camino propio, contra la filosofía tradicional y el marxismo (Dascal, en Gracia et alii, 1985: 366). Puede considerarse un punto de inicio la visita de Quine y la publicación de *O sentido da Nova Lógica*, de que ya se hizo mención. También pueden considerarse fundadores del análisis brasileño a Gilles Granger y João Cruz Costa.

Entre los primeros órganos de difusión se cuenta la revista *Discurso*, de la USP, en cuyo Departamento de Filosofía se formó un grupo, destacándose João Paulo Monteiro, que fundó una nueva revista, *Ciencia e Filosofia*, en 1970. También perteneció a este grupo Oswaldo Porchat Pereira, que en 1975 pasó Campinas.

El núcleo de la actividad analítica debe ubicarse en la Universidad de Campinas, con su Centro de Lógica, Epistemología e Historia de la Ciencia (CLE), que publica una revista de tendencia analítica, *Manuscrito*, fundada en 1977, aunque también hay contribuciones en esta línea en su otra publicación periódica *Cadernos de Filosofia da Ciência*. Los primeros graduados del programa de estudios analíticos fueron Luiz Enrique Lopes dos Santos (sobre la lógica de Frege), Antonio Trajano Arrda (el behaviorismo en la filosofía de Quine), Rejane Carrion (la construcción del objeto físico en Carnap). Como dice Dascal (Gracia et alii, 1985: 368) son en su mayoría tesis "históricas" (hábito bastante arraigado en Latinoamérica, por otra parte) pero importa señalar que estos autores son estudiados como pertenecientes a la tradición analítica, y en este sentido estos trabajos integran la historia brasileña del análisis por derecho propio. También el CLE incorporó, durante la década del '80, temas de filosofía del lenguaje, en cuyo campo se presentan muchos trabajos de orientación analítica. Pero la tarea más relevante del CLE para la consolidación del análisis en Brasil fue la organización de seminarios y coloquios con participación de especialistas locales y extranjeros, que movilizaron temáticas como la filosofía y el sentido común, el positivismo lógico, el concepto de verdad, etc.

Zeljko Loparic, oriundo de la ex Yugoslavia, estudió en su país natal y en Lovaina, donde se doctoró en 1969, con temas de filosofía continental. Posteriormente radicado en Brasil, se interesó por la filosofía analítica, especialmente desde el cargo de Director del CLE, que ostentó muchos años. João Paulo Monteiro nació en Portugal pero se radicó luego en Brasil, donde se licenció y doctoró en filosofía por la Universidad de San Pablo; allí enseñó muchos años, siendo también Director de la revista *Ciencia e Filosofia*. Sus especialidades son epistemología y filosofía política (en particular se interesa por Hume), destacándose su obra de 1975 *Teoría, retórica, ideología*.

En diversas zonas de Brasil se crearon también grupos analíticos, especialmente con quienes habían estudiado antes en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania sobre todo. En Río de Janeiro, tanto en la Universidad Federal como en la Católica, trabajaron Oswaldo Chateaubriand (discípulo de Quine), Danilo Marcondes Filho y otros. En Niteroi, Porto Alegre, Brasilia y Belo Horizonte, en la década del '80, se formaron grupos analíticos, que publicaron bastante asiduamente: Baltasar Barbosa Filo, Gujido de Almeida, Julio R. Cabrera Álvarez, Glória Vilhema de Paiva, Vera Lúcia Caldas Vidal, además de los mencionados anteriormente.

En Argentina hay consenso en que el interés por la filosofía analítica tuvo como figuras decisivas a Gregorio Klimovsky y a Julio Rey Pastor, quienes introdujeron el estudio profundizado de Russell, y luego de filósofos analíticos. En esta etapa hay una cierta confusión, en la colectividad filosófica general, entre positivismo lógico y filosofía analítica. El distingo proviene precisamente del seno de la propio grupo analítico, que se ha encargado de historiar su desarrollo latinoamericano en la década del 80 (Rabossi, en Gracia et alii, 1985). Y también les pertenece el criterio de considerar hitos decisivos la formación de grupos institucionales, lo que significa en definitiva la constitución de una “escuela analítica” aunque sin límites tajantes, expresada en una metáfora muy usada por Eduardo Rabossi: los analíticos tienen entre sí “un aire de familia”. En 1952 se fundó el Círculo Filosófico de Buenos Aires (con cierta buscada analogía con el Círculo de Viena), del cual era presidente Mario Bunge, quien a su vez había fundado y dirigido –estando en Canadá– la revista *Minerva*, que sólo vivió dos años, pero sirvió de introductora a esta corriente. En su primer número (1944) escribieron H. A. Lindemann “El Círculo de Viena y la filosofía crítica” y el propio Bunge quien, en su trabajo “¿Qué es la epistemología?” hace una crítica al neopositivismo y al Círculo de Viena.

La época que va desde c. 1955 a 1966 es denominada por Rabossi “etapa de desarrollo”, y se caracteriza por el ingreso institucional del tema en los estudios universitarios. Además de quienes hacían los primeros pasos del análisis en el campo jurídico en esta década enseñan en la Facultad de Filosofía y Letras de UBA, Bunge y Klimovsky, y Andrés Raggio en la Universidad de Córdoba. El incansable Bunge creó la colección “Cuadernos de Epistemología” (que llegó a tener más de diez títulos) y propició el trabajo de traducción de las obras más importantes de análisis filosófico. En 1956 se fundó la Asociación Rioplatense de Lógica y Filosofía Científica, que dio un impulso al grupo analítico argentino. Según Rabossi, la intervención del gobierno militar a las universidades, producida en 1966, paralizó este desarrollo, pues casi todos los filósofos analíticos renunciaron a sus cátedras y muchos salieron del país. Rabossi considera estos años como una “época negra”, no sólo por este hecho sino también por la posterior ideologización de la filosofía que denuncia, especialmente para el período 1970-1974, al que siguió una nueva etapa de represión a cargo de otros gobiernos militares. Sin embargo, tal vez esta visión de Rabossi, sesgada por su propia percepción y sin duda la del grupo exiliado, debiera matizarse. Es verdad que la marcha de Bunge al exterior representó un golpe, pero más bien en el ámbito de la epistemología que de la filosofía analítica propiamente dicha. Por otra parte Gregorio Klimovsky continuó produciendo activamente en el país y fue uno de los gestores de la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF) con la cual se consolidó definitivamente el grupo analítico argentino. El propio Rabossi continuó filosóficamente activo durante el gobierno militar instaurado en 1977, y en su reseña histórica debió señalar que en situaciones tan poco propicias la filosofía analítica adquirió una fuerza inusitada (Rabossi, en Gracia et alii, 1985: 28). Efectivamente SADAF agrupó a todos los analíticos argentinos e instauró rápidamente relaciones con otros grupos analíticos, en especial el mexicano. Fue fundada el 8 de abril de 1972. Los socios fundadores fueron: Eugenio Bulygin, Genaro Carrió, Juan C. Coffa, Juan Carlos D'Alessio, Rolando García, Ricardo Gómez, Gregorio Klimovsky, Raúl Orayen, Eduardo Rabossi, Félix Schuster y Tomas Moro Simpson (cf. reseña en *Cuadernos de Filosofía*, 12, n. 18, 1972, p. 369). Además de las reuniones de trabajo, cuando se contó con una

masa crítica de producción, se fundó la revista *Análisis Filosófico* (1981). Repárese, entonces, que el crecimiento y la consolidación de la filosofía analítica como grupo especializado y reconocido en el mundo filosófico nacional e internacional se produjo en fechas en que otros grupos tenían más dificultades para visibilizarse, e incluso para sobrevivir.

Los principales exponentes de esta etapa son Tomás Moro Simpson, que en 1965 publica *Formas lógicas, realidad y significado*, con Prólogo de Gregorio Klimovsky (Buenos Aires, 1965) y tuvo la tarea de aunar las manifestaciones locales y regionales del análisis filosóficos, organizando la publicación de una de las primeras obras de conjunto, *Semántica filosófica: problemas y discusiones* (Buenos Aires, 1973). El propio Klimovsky, que fue iniciador del interés por la epistemología (aunque también por temas más amplios como la ética y la metodología de la ciencia, a la que volverá) y por la matemática (fue uno de los introductores en Argentina de la teoría axiomática de conjuntos), en esta época se sitúa en una postura formalista, posición que luego atemperó, para orientarse a problemas de semántica, concluyendo, ya en los '90, por tratar temas de metodología de la ciencia, interés que conservó hasta su muerte en 2009. Testimonio de esta etapa es una de sus obras más importantes, *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología* (con Guillermo Boido, Buenos Aires, 1994). Su larga carrera puede considerarse como una muestra de la ampliación progresiva de los intereses del grupo analítico.

A la década del 70 corresponde también la fase más interesante del pensamiento y la producción de Carlos Lungarzo Melcon, dedicado a la exposición de los sistemas formales, evidenciando también sus conexiones con el análisis y con otras corrientes vistas desde esta perspectiva, cf. *Aspectos críticos del método dialéctico* (Buenos Aires, 1970). Otros autores vinculados a la filosofía analítica aunque no formaron parte explícita de ella, en cuanto trataron desde diversas perspectivas muchos problemas del lenguaje y de semiótica, son Ignacio Angelelli, Alberto Moreno, Hermes Puyau, Jorge Roetti y Julio César Colacilli de Muro, a quienes ya se hizo referencia. Guillermo Maci y Ricardo Pochtar escribieron en esta época varios artículos sobre problemas del lenguaje. Enrique Marí, que tampoco perteneció propiamente al grupo analítico, tuvo sin embargo acercamientos desde la epistemología; algunos de sus artículos vinculados a temas de semiótica filosófica han sido publicados en una selección de su obra filosófica, *Papeles de filosofía* (Buenos Aires, 1994). Sin pertenecer tampoco estrictamente al grupo analítico, Andrés Raggio se ocupó en esta época de lógica y filosofía del lenguaje, interesándose tempranamente por las posibilidades y límites de la mecanización en lógica, cuando este tema, así como todo lo relativo a cibernética era muy poco conocido en Argentina y no despertaba interés filosófico.

En la línea de la preocupación analítica en filosofía teórica, Raúl Orayen abordó temas de lógica y semiótica, especialmente la cuestión de los objetos posibles en el marco de las teorías neomeinongianas y postulación de mundos posibles en la fundamentación de la lógica modal. Juan Carlos D'Alessio, tempranamente desaparecido, introdujo en el grupo analítico -siendo presidente de SADAF- nuevas discusiones en las que él tomó parte activa, pues trabajó sobre todo el concepto de "disposiciones" y la teoría del emergetismo.

Una segunda etapa de la filosofía analítica argentina corresponde a la general ya mencionada, pero también tiene otra significación: en 1983 se reorganiza la vida política argentina luego de una etapa de gobierno militar iniciado en 1976, acusado de graves delitos de lesa humanidad. Se exigía el juzgamiento de los responsables y la elaboración de fundamentos filosóficos y jurídicos para condenar estos delitos, así como para asegurar la vigencia de los derechos humanos. Muchos intelectuales argentinos se volcaron a esta tarea, y aunque el grupo analítico podría parecer el más alejado de estas cuestiones de filosofía práctica, los analíticos volcaron rápidamente a ella, produciendo en poco tiempo una considerable bibliografía que no se identifica con las cuestiones formalistas de lógica jurídica cultivadas anteriormente por otra línea dentro del grupo (como ya se

verá). Osvaldo Guariglia, que había comenzado trabajando sobre filosofía griega desde la perspectiva semántica, derivó hacia la filosofía práctica en clave analítica y publicó *Ideología, verdad y legitimación* (Buenos Aires, 1986 y 2ª ed., México, 1993).

Eduardo Rabossi se interesó primeramente por profundizar en los ámbitos de competencia del análisis: *Análisis filosófico. Lógica y metafísica. Ensayo sobre la filosofía analítica y el análisis filosófico "clásico"* (Caracas, 1975). Luego se inclinó hacia la filosofía práctica; trató la obligatoriedad de las normas morales a partir de la noción de "necesidades humanas", como por ejemplo en *La justificación moral del castigo* (Buenos Aires, 1976) y también las normas lingüísticas, son resultados de ello sus libros *Estudios éticos. Cuestiones conceptuales y metodológicas*, (Valencia-Venezuela, 1979) y *Teorías del significado y actos lingüísticos*, (Valencia-Venezuela, 1979). En cierto sentido son temas conexos a la orientación de su pensamiento a partir de 1984, cuando se interesó también por los problemas relativos a la enseñanza de la filosofía y al tipo de filosofía que queremos cultivar y promover, como *La filosofía y el filosofar: problemas de su enseñanza* (con Guillermo Obiols, Buenos Aires, 1993) y *Una introducción a la enseñanza de la filosofía* (con Guillermo Obiols, Buenos Aires, 2002). La mayoría de sus discípulos académicos provienen de estas dos líneas, más que del campo de la filosofía analítica estricta. En todo caso Rabossi dio muestras de ductilidad teórica, al servirse de su formación metodológica para abordar con solvencia diversos campos hasta su muerte en 2005.

En la misma línea se situó Carlos Santiago Nino, prematuramente desaparecido, quien transitó desde sus comienzos analíticos "clásicos" hacia las nuevas preocupaciones teóricas y prácticas de la sociedad argentina de los ochenta. Como Rabossi, se interesó especialmente por la fundamentación universal de la teoría de los derechos humanos, demostrando también capacidad de superar las limitaciones teóricas del marco analítico. La obra sobre ética y derechos humanos escrita en conjunto con Horacio Spector (*Ética y derechos humanos*, Buenos Aires, 1984; 2ª edición muy modificada, Barcelona, 1989) fue traducida al inglés (*The Ethics on Human Rights*, Oxford, 1991) y notablemente difundida en ámbitos filosóficos sajones.

Una tercera línea de interés de los analíticos argentinos está dada por el trabajo desarrollado, sobre todo a partir de los primeros años del '80, en torno cuestiones de filosofía jurídica y social. Sin embargo, esta dedicación no comienza con los autores que se destacan en el '80, sino mucho antes. Entre los profesores de la Facultad de Derecho de UBA que se interesaron por las aplicaciones de la lógica y del análisis lingüístico al derecho debe citarse en primer lugar a Carlos Cossio, introductor de las teorías de H. von Wright sobre lógica modal. En la Facultad de Derecho de Córdoba comienza a trabajar esta línea Ernesto Galzón Valdéz (se formó en Alemania) siendo docente allí. En la década del '60 publicó trabajos importantes sobre derecho y naturaleza de las cosas, más bien en la línea del pensamiento iusfilosófico germánico. Genaro Carrió, en Buenos Aires, publicó trabajos sobre derecho y lenguaje y sobre lenguaje normativo.

Pero sin duda las dos figuras más representativas de esta línea de la filosofía analítica argentina son Carlos Alchourron (m. 1996) y Eugenio Buligyn (m. 2008), a quienes suele citarse juntos porque en conjunto escribieron en conjunto lo más importante de su producción, editada en castellano y en inglés. Su atención principal fue determinar la naturaleza y estructura del sistema de normas jurídicas, y el resultado de sus investigaciones, la obra *Normative Systems* (Viena-Nueva York, 1971) es considerado un clásico de la literatura iusfilosófica de la época. Otro tanto puede decirse del libro conjunto *Introducción a la metodología de las ciencias jurídicas y sociales* (Buenos Aires, 1974). Más particularmente Alchourrón se interesó tempranamente por la lógica de las creencias y propuso una lógica para el cambio racional de creencias. Roberto Vernengo, por su parte, que estuvo en México durante varios años, se dedicó a las cuestiones de legitimación y validez del

derecho; de regreso a la Argentina, en la segunda mitad de los '80, formó un grupo de estudio en la Facultad de Derecho de UBA.

Otros países de América Latina han tenido representantes de relevancia en filosofía analítica. En Perú se destaca sobre todo Francisco Miró Quesada, que estudió derecho y filosofía, doctorándose además en matemáticas. Su especialización se ubica en los campos de la lógica, la epistemología y la filosofía de la ciencia, si bien se ha interesado en temas de filosofía jurídica y política. Sendos ejemplos de estas inquietudes son sus obras *Apuntes para una teoría de la razón* (1936), *Filosofía de las matemáticas (primera parte: lógica)* (1980) y *Problemas fundamentales de la lógica jurídica* (1956).

En Venezuela, Rafael Burgos, graduado en la Universidad Central y profesor en la Universidad de los Andes de Mérida, se ha ocupado de temas vinculados al análisis filosófico. Pedro Lluberés se graduó de arquitecto en la Universidad Central y luego realizó estudios de filosofía en California y en Berkeley, y de postgrado en Oxford. Su interés se centra en la filosofía del lenguaje y la filosofía de la ciencia de orientación analítica, destacándose su obra *Ciencia y escepticismo: aproximación a Descartes* (1976).

Héctor Neri Castañeda nació en Guatemala, pero su carrera filosófica la realizó en Estados Unidos, doctorándose en la Universidad de Minnesota; luego realizó estudios de postgrado en Oxford, donde se vinculó con la filosofía analítica, en la orientación de filosofía de la mente.

Jorge Gracia es oriundo de Cuba, donde estudió hasta los primeros años universitarios, que continuó en Toronto, donde se doctoró en 1971. Sus campos de especialización son la ontología, la axiología y la filosofía medieval, si bien también se ocupó del pensamiento latinoamericano.

Bibliografía

Caturelli, Alberto, *Historia de la Filosofía en la Argentina, 1600-2000*, Buenos Aires, Ciudad Argentina – UUSAL, 2001.

Farré, Luis y Celina A. Lértora Mendoza, *La filosofía en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Docencia, Proyecto CINAIE, 1981.

Gracia, Jorge, Eduardo Rabossi, Enrique Villanueva y Marcelo Dascal (eds.) *El análisis filosófico en América Latina*, México FCE, 1985.

Ibargüengoitía, Antonio, *Filosofía mexicana en sus hombres y en sus textos*, 7ª ed. México DF, ed. Porrúa, 2000.

Ibargüengoitía, Antonio, *Suma filosófica mexicana (Resumen de Historia de la Filosofía en México)*, 3ª ed. actualizada, México DF, ed. Porrúa, 1995.

Ramos, Samuel, *Historia de la filosofía en México*, Introducción y apéndice Bernabé Navarro, México DF, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Rovira Gaspar, María del Carmen (coord.), *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México*, México DF, UNAM, 1997.

VVAA., *Historia de la filosofía en México. Siglo XX. 1. Aproximaciones*, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1990.

Valverde Téllez, Emeterio, *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México*, México, 1896.